

El Quijote en la Cuba de Fidel Castro

Se fue con la mayoría.
Petronio

A *biit ad plures* (“se fue con la mayoría”), esto es lo que sucedió en Cuba a *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, con las matizaciones que se quiera, a partir del triunfo de la Revolución. Sobre Cuba y el castrismo ya se ha escrito de todo y, además, no es ese el tema que en este momento me ocupa, sino el de las primeras ediciones del *Quijote* en la Cuba de Fidel Castro, cambio en el orden de factores que determina el foco de análisis.

El punto de partida se sitúa en un dato tan cierto como elocuente: el primer libro impreso por el nuevo gobierno fue la gran novela cervantina, recogido en cuatro volúmenes de reducido formato y papel pajizo, con este pie de imprenta: “Gobierno Revolucionario/Imprenta Nacional/Cuba/1960”, haciéndose constar en el recto de la segunda hoja de la cubierta que salía al amparo de la Biblioteca del Pueblo, serie de Obras Maestras, al módico precio de veinticinco centavos el volumen y con una tirada de cien mil ejemplares, lo que ponía la obra al alcance de todos.

Era, o eso se pretendía, el germen y principio de “una nueva era para la cultura nacional, pues vamos a hacer decenas y decenas de bibliotecas”. Las que siguen son palabras del propio Fidel Castro (“Todo el mundo podrá”, 1960), entusiasmado con la idea de que cada casa o bohío albergase una biblioteca, hasta ese momento privativo de las clases acomodadas:

Antes solamente podían tener bibliotecas muy contadas personas [...], es rara la casa campesina, obrera en que se encuentre una biblioteca, y no es que no les interese. Nosotros nos recordamos cuando estábamos

en la Sierra Maestra, en la época en que evacuaron a todos los campesinos, llegábamos a los bohíos y estaban vacíos, siempre nos encontrábamos algún librito. Un libro de agricultura, un librito religioso, un libro de modas, siempre había un libro en cualquier casa por humilde que fuera. Y los campesinos, por ejemplo, aprecian mucho los libros, los aprecian también las familias, como se aprecian todas las cosas que no están al alcance de las manos de las personas. Y esto nos permitirá hacer decenas de miles de bibliotecas, nos permitirá hacer una biblioteca en cada casa. No sólo bibliotecas para los trabajadores cuando regresen de su trabajo, sino también bibliotecas para los niños, los niños no tienen libros, muchas de esas obras que son famosas, obras infantiles, que son la alegría de los niños, tampoco éstos las pueden leer. Todas estas obras reconocidas mundialmente como las mejores para la mentalidad infantil, para educar a los niños, pues también se van a imprimir.

Y “esto nos permitirá hacer decenas de miles de bibliotecas”, anunciaba Fidel Castro. Pues bien, qué era ‘esto’. En primer término, la Imprenta Nacional, entidad de creación reciente y ceñida a los desbordantes trabajos oficiales, sin medios para afrontar otro tipo de empresas.

Ahora bien, había que superarse, aprovechando la primera oportunidad. Y ésta surgió en marzo de 1960: los trabajadores de dos periódicos habaneros, *El País* y *Excelsior*, propiedades de la misma empresa, se declaran en huelga y, un buen día, enzarzados en plena asamblea, se presenta Fidel Castro, “quien señala que nadie habrá de quedar sin trabajo en la Revolución”, según cuenta José G. Ricardo (1989: 231) en *La imprenta en Cuba*.

Allí y entonces, Castro dispone que ambas rotativas cambiasen de función: imprimirán

libros para esos “cuarteles que ahora estamos convirtiendo en escuelas”. Los gráficos —sigue la crónica de José G. Ricardo— aplaudieron enardecidos, dispuestos a comenzar, pero ¿por dónde? Fidel Castro lanza la idea: que sea por el *Quijote*. Aceptación unánime: “litolipistas, cajistas, correctores de pruebas, emplanchadores, maquinistas y ayudantes trabajan febrilmente” (1989: 232-233).

Así pues, en la versión oficial, la edición del *Quijote*, primer libro de la Revolución, fue decidida, asambleariamente, por los trabajadores de los diarios *El País* y *Excelsior* a propuesta de Fidel Castro, protagonismo ratificado en el prólogo anónimo que abre el primer volumen:

Es natural que [...] además de [...] la categoría magistral de la obra, en la que los recursos del idioma adquieren supremas virtudes expresivas y estéticas, haya sido elegido el *Quijote*, por indicación del propio Primer Ministro Fidel Castro, para inaugurar la Biblioteca del Pueblo que ha de publicar la Imprenta Nacional (1960:13-14).

Sin embargo, con el tiempo se han levantado voces discrepantes. En primer término la de Carlos Franqui, quien reclamó la paternidad de la idea del libro, tal vez demasiado alejado de los acontecimientos, en *Retrato de familia con Fidel*, donde sostiene que, siendo la imprenta “una maravilla”, él pensaba “dedicarla a la Imprenta Nacional y tirar como primer libro, a millones de ejemplares, una edición del *Quijote*”, añadiendo que “había convencido a Fidel a escribir un prefacio” para matizar enseguida que “otra vez me equivocaba” (198: 151).

Acerca de que el propósito de imprimir millones de ejemplares sonaba excesivo, Fernando León Jacomino, vicepresidente del Instituto Cubano del Libro, salió al paso de tal reivindicación —a propósito de la polémica suscitada por un artículo de Basilio Baltasar (2005), “El mito de don Quijote en La Habana”—, recordando el testimonio del poeta haitiano René Depestre (citado por Pérez, 1960), entonces jefe de redacción de la Imprenta, que certifica el protagonismo de Fidel Castro, asimismo corroborado por la generalidad de la prensa cubana contemporánea.

Además, León Jacomino recuerda que Franqui “desarrollaba una intensa actividad al frente del diario

Revolución”, hecho que también se demuestra cierto, “y hubiera sido muy difícil que a alguien se le ocurriera pedirle sugerencias sobre obras literarias”, porque bastante tenía ya con lo suyo.

Por otra parte, Lilia Esteban, viuda de Alejo Carpentier (se casaron en 1941), también habría reivindicado el papel de su marido, según explicó Raquel Arias Careaga (2005). En algo, cuando menos, intervendría el autor de *El siglo de las luces* que, habiendo regresado a Cuba en 1959, fue nombrado enseguida subdirector de Cultura, nombramiento al que pronto sumaría los de vicepresidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), en 1961, y del Consejo Nacional de Cultura, en 1962, accediendo poco después a la dirección de la Editora Nacional (cargo que desempeñó hasta 1966, cuando resultó designado embajador en París). Escritor admirado y respetadísimo, sus indicaciones sobre la edición del *Quijote* serían muy tenidas en cuenta. Y, en ese sentido, su viuda insiste en que fue así: en principio se pensaba que Martí figurase en los trabajos iniciales de la Imprenta Nacional; pero Carpentier habló con Castro y, supuestamente, le convenció para que Cervantes ocupase ese lugar preferente.

Por mi parte, no aprecio ninguna contradicción en admitir, sintiéndolas compatibles, la versión de León Jacomino —sostenida por la prensa de la época, que atribuye la decisión final a Fidel Castro— y las de Lilia Esteban y Raquel Arias Careaga, que insisten en la influencia de Carpentier, junto con otros periódicos (como *La Discusión Social*) y los suplementos del *Diario de la Marina*, diario reaccionario y españolista (La Habana, 1844-1960), a cuyo amparo salió en 1905 la primera edición cubana del *Quijote*, que don Alejo conocería y, por muchas razones, consideraría insuficiente, dado su carácter inevitablemente efímero (salió como folletón) y su reducida difusión, lo que desde hacía tiempo le preocupaba, ello lo demuestra el hecho de que algunos años antes se hubiese embarcado con el jefe de redacción de la revista *Tiempo Nuevo*, Ángel Lázaro —exiliado español—, en una curiosa adaptación radiofónica de la gran obra cervantina.

En fin, repasada esta cuestión del impulsor y sus

consejeros, al fin y cabo de interés anecdótico, se impone considerar la edición en sí. Vamos a ello.

II

De impresión desigual, empastada, con páginas de entintada débil y no pocos accidentes en el plegado, con una pésima reproducción de las ilustraciones de Gustavo Doré —que aparecen borrosas—, el texto del *Quijote* se enriquece con notas un tanto arbitrarias, meramente explicativas y bastante caprichosas, porque apostillan lo obvio y explican lo que nadie dejaría de comprender (‘pesía a mí’ merece esta aclaración: “Pese a mí: idesdichado de mí!”; ‘non fuyádes’ la de “no huyáis”; etc.), eludiendo casi todas las que sí son necesarias; trabajo, a juzgar por tales trazas, a la vez desgano y de urgencia.

Para colmo, la obra empieza por el prólogo cervantino, prescindiendo de la “Tasa” de Juan Gallo de Andrada, “El testimonio de las erratas” del licenciado Francisco Murcia de la Llana, el prólogo real, la dedicatoria al duque de Béjar, las deliciosas décimas de cabo roto de Urganda la desconocida y de la gozosa suerte de sonetos que se reparten Amadís de Gaula, Belianís de Grecia, la señora Oriana —enderezado éste a Dulcinea del Toboso—, Gandalín —escudero de Amadís que envía el suyo a Sancho Panza, un “donoso poeta” (tal vez, se conjetura, Gabriel Lobo Lasso de la Vega)—, Orlando el furioso, el Caballero del Febo, Solisdán y el jugoso diálogo entre Babieca y Rocinante; lo anterior quiere decir que, sin paliativos de ninguna clase, esta edición empieza de la peor manera posible: con cortes. Los rasgos discutibles, cuando no los gruesos errores, son infinitos que, siendo generosos, se podían clasificar en tres apartados:



Sancho, gobernador de la insula Barataria II, XLV (1684). Grabado: Diego de Sagredo, tomado de Miguel de Cervantes (2001), *Don Quijote de la Mancha*, edición de Francisco Rico, Barcelona, Crítica.

A) Errores en el título de los capítulos, empezando por el primero: “Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha” donde debiera decir “[...] famoso y valiente hidalgo”; y que continúa por el cuarto: “De lo que sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta” por “De lo que le sucedió”; entre otras erratas, que aparecen no sólo en la titulación, claro está, porque el texto se lleva lo suyo desde el principio: “se deja entender que se llamaba Quejana”, en lugar de ‘Quijana’.

B) Caprichosas modernizaciones y no menos caprichosos arcaísmos. He aquí una piadosa representación, limitada a los párrafos iniciales de la obra: ‘lentejas’ por ‘lantejas’ o ‘verosímiles’ por ‘verísimiles’ frente a ‘hanega’ donde consta ‘fanega’ o ‘entricadas razones’ en vez de ‘intricadas razones’.

C) La anotación, por denominar de algún modo al insulso garrapateo del pie de página, peca a la vez por exceso y defecto: no se hace constar que la Universidad de Sigüenza (Cigüenza, en el original), en donde se había graduado el cura del lugar, tenía el prestigio por los suelos, por lo que el lector no puede entender la ironía de Cervantes al calificarlo de docto; en cambio, se

aclara que “las ociosas plumas” que deja don Quijote al amanecer, al tiempo que los maridos salen de las “blandas camas”, son “los colchones de pluma”, que ‘pro’ es ‘provecho’ (“en vuestro servicio y pro me descubriera”). Además, menudean las inexactitudes: la querencia de los animales no es exactamente “adonde el animal acude de ordinario” ni la pretina “cinturón de cuero”. El anotador sigue un criterio misterioso. Misterioso, pero casi siempre descarriado. Por lo demás, en esta primera edición revolucionaria se añaden tres elementos en los preliminares; los siguientes:

Para empezar, colocada a manera de lema, figura una cita de José Martí, extraída de una crónica sobre un libro de Enrique José Varona, publicada en *El Economista Americano* de Nueva York en enero de 1888: “Cervantes es aquel temprano amigo del hombre que vivió en tiempos aciagos para la libertad y el decoro, y con la dulce tristeza del genio prefirió la vida entre los humildes al adelanto cortesano, y es a la vez deleite de las letras y uno de los caracteres más bellos de la historia”. Pues obviamente lo que interesa de las citas es la intención de quien tira de ellas, lo que aquí se pondera —descontada la alabanza de los valores literarios—, sin duda, es la supuesta elección de Cervantes de “vivir entre los humildes”, ejemplo de belleza para la historia. Entiéndase, de la moral belleza del compromiso.

Después aparece el conocido dibujo de Pablo Picasso, fechado el 11 de agosto de 1955: en primer plano don

Quijote y Sancho, caballeros de Rocinante y el rucio, plantados sobre la árida Meseta, con los molinos de viento al fondo, y el sol, implacable, luciendo en lo alto. Martí y Picasso como pórticos al *Quijote*.

Por último, un prólogo de seis páginas y media, titulado “Al lector”, anónimo y oficial, que repasa con rauda corrección —no exenta de imprecisiones— la biografía de Cervantes; se aventura luego —con no menos prisas— con la caracterización y el juicio de la obra y llega por último, igualmente a matacaballo, al quién, el por qué, el para qué, el cuándo y el cómo de esta edición habanera y revolucionaria. Palabras, es de suponer, medidas, muy medidas, pero también muy claras.

Idea básica del texto: la equiparación entre el ideal quijotesco y “los motivos, luchas y trabajos de nuestra gesta nacional”: hermanos de quimera. A juicio del tal o los tales prologuistas, “si don Quijote ponía su corazón y su brazo en la empresa de enderezar entuertos con que ofrendar a Dulcinea su ideal y su gloria”; los hombres de la Sierra, “de corazón quijotesco”, quijotesca pureza y quijotescas virtudes, habrían demostrado “que es posible hacer entrar la ilusión en la realidad, la bondad en la vida, la verdad y la justicia en el mundo”. Por ese camino, del mito del *Quijote* a la mitificación de la Revolución naciente apenas mediaba un paso; como era de temer, ese paso se dio de inmediato. En el prólogo al lector de la primera edición del *Quijote* aparece:

Nuestro pueblo hace revivir hoy el mito entrañable del caballero de la Mancha, con bríos de realidades y de esperanzas victoriosas para los sueños de los pueblos hermanos de la América Latina y para todos aquellos que han hambre y sed de justicia (1960: 15).

III

En fin, no fue ésta la única edición, digámoslo así, ‘castrista’ del *Quijote*. Las autoridades culturales de la isla subrayan con alguna frecuencia, y tienen razón, las repetidas reediciones de la obra. Verbigracia, José Antonio Portuondo (1989) empieza de esta manera la nota de presentación a la de Arte y Literatura: “Don Quijote vuelve por quinta vez al camino, en edición cubana, revolucionaria”.

Iniciada la cuenta con la edición que aquí nos ocupa —que “sirvió de abanderada a las publicaciones de la Imprenta Nacional, como símbolo del espíritu renovador, desfacedor de entuertos y peleador por la justicia, de la recién nacida Revolución Cubana” (en Cervantes, 1972)—; la segunda, muy corregida y con notables desafueros enmendados, se hizo esperar doce años (editada por el Instituto Cubano del Libro en 1972) y fue el modelo para la tercera y cuarta ediciones (1974 y 1980, respectivamente), aparecidas bajo el sello de la editorial Arte y Literatura; así como para la quinta, de la editorial Pueblo y Educación (1985), prologada por José Antonio Portuondo, ediciones a las que en años recientes han seguido otras.

El punto de inflexión en el cuidado (mejor dicho, en los primeros cuidados, o si se prefiere, en la atención básica y de urgencia) del texto viene marcado por la segunda edición, enriquecida “con una breve, certera y encendida introducción de Mirta Aguirre” (1968: 5), que presenta notorios rectificandos: los preliminares aparecen en su integridad, desde la “Tasa” de Juan Gallo de Andrada hasta el diálogo en soneto de Babiaca con Rocinante. Se eliminaron las notas bárbaras de aquel anotador desdichado y ocupan su lugar, en gran parte, las de Francisco Rodríguez Marín, tomadas a conveniencia. Lo que no se mejora es el texto, porque ni siquiera se repara el grueso desliz del título de varios capítulos.

En aquella edición de 1960, los capítulos XXIX y XXX de la primera parte los presentan intercambiados (“Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto” por “Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo”, y viceversa) y así se mantendrán por treinta años.

Está claro: responden a la hora de las mayorías y siguen a la espera del momento de los filólogos.LC



*La pastora Marcela II, XLV (1684). Grabado: Diego de Sagredo, tomado de Miguel de Cervantes (2001), *Don Quijote de la Mancha*, edición de Francisco Rico, Barcelona, Crítica.*

REFERENCIAS

Arias Careaga, Raquel (2005), "Precisiones sobre el Quijote en La Habana", *El País*, Madrid, 5 de abril, disponible en: http://elpais.com/diario/2005/04/05/opinion/1112652011_850215.html.

Baltasar, Basilio (2005), "El mito de don Quijote en La Habana", *El País*, Madrid, 28 de marzo.

Cervantes, Miguel de (1960), *Don Quijote de la Mancha*, 4 tt., La Habana, Gobierno Revolucionario/Imprenta Nacional, col. Biblioteca del Pueblo.

Cervantes, Miguel de (1972), *Don Quijote de la Mancha*, Mirta Aguirre (pról.), La Habana, Instituto Cubano del Libro, col. Biblioteca Básica de Literatura Española.

Cervantes, Miguel de (1974), *El ingenioso don Quijote de la Mancha*, 2 tt., Mirta Aguirre (intr.), La Habana, Arte y Literatura.

Cervantes, Miguel de (1980), *El ingenioso don Quijote de la Mancha*, 2 tt., Mirta Aguirre (intr.), La Habana, Arte y Literatura.

Cervantes, Miguel de (1985), *El ingenioso don Quijote de la Mancha*, 2 tt., La Habana, Pueblo y Educación.

Cervantes, Miguel de (1989), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 2 tt., José Antonio Portuondo (nota prel.), La Habana, Arte y Literatura.

Franqui, Carlos (1981), *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral.

León Jacomino, Fernando (2005), "Precisiones sobre el Quijote en La Habana", *El País*, Madrid, 5 de abril, disponible en: http://elpais.com/diario/2005/04/05/opinion/1112652010_850215.html.

Pérez Acevedo, Roberto (1960), Reportaje, *El Mundo*, La Habana, 3 de junio.

Ricardo, José Ricardo (1989), *La imprenta en Cuba*, La Habana, Letras Cubanas.

"Todo el mundo podrá hacer su biblioteca" (1960), *Hoy*, La Habana, 26 de junio.

GONZALO SANTONJA GÓMEZ-AGERO. Catedrático de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid y director del Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, está diplomado en Documentación por la Escuela Nacional de Documentalistas, es miembro de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (Nueva York) y Honorary Fellow in Writing por la Universidad de Iowa (EEUU), y autor de diversos libros de ensayo e investigación, como *Del lápiz rojo al lápiz libre* (1986), *La república de los libros* (1989), entre otros. Obtuvo los premios Ortega y Gasset (1990) y Nacional de Ensayo (1995). También ha cultivado la poesía y la narrativa. Por sus artículos recibió el Premio Pemán y el Premio Salamanca 2005; por su obra, el Premio Castilla y León de las Letras (1995) y el Premio Teresa de Ávila (1997). Su reciente libro es *Luces sobre una época oscura. (El toreo a pie en el siglo XVII)*, Editorial Everest (León, 2010), con la cuarta edición en prensa.

MARÍA ANTONIA DE ISABEL ESTRADA. Licenciada en Filología Inglesa por la Universidad Complutense de Madrid. Es, desde 2002, Investigadora del Instituto Castellano y Leonés de la Lengua. Ha sido ponente en varios congresos y ha publicado en revistas de literatura desde 2001.